

**Luis GERMÁN, Enrique LLOPIS, Jordi MALUQUER DE MOTES y Santiago ZAPATA (eds.), *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, 619 pp.**

En la historia económica española se ha empezado la casa por el tejado. Gracias a las reconstrucciones de series macroeconómicas, ya sabemos mucho acerca de las principales etapas del desarrollo económico español contemporáneo. Ahora toca ir descendiendo para entender cómo se sostiene el edificio, y de ahí el interés actual por enfoques más próximos al sujeto histórico: la historia empresarial y la historia regional.

A diferencia de la historia empresarial, la historia regional no es algo nuevo. En España ha sido tradicional que las tesis doctorales no rebasasen en su ámbito de estudio el marco regional o incluso el local. Muchos de estos trabajos terminaban publicados en editoriales recónditas o de escasa difusión, por lo que, a pesar del indudable interés de algunos de ellos, pasaban desapercibidos.

En el decenio de 1970 coincidió el interés de la Comunidad Económica Europea por desarrollar políticas regionales con la configuración de España como Estado de las Autonomías. A partir de ese momento adquirió todo su sentido que la historia económica de España se estudiara también a nivel regional. Como nos advierten los coordinadores de *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX* en el prólogo, así se han puesto de manifiesto las concentraciones y los distritos industriales, a los que tanta importancia se ha otorgado recientemente para explicar el desarrollo económico.

El libro atiende primero a las comunidades autónomas del Norte: Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco y Navarra. X. Carmona (U. de Santiago de Compostela) nos presenta una economía gallega muy pegada a la tradición pesquera –base también de la industria conservera– y de ganado vacuno hasta la inesperada irrupción de Citroën en Vigo en el decenio de 1950. Para G. Ojeda (U. de Oviedo) el origen del despegue asturiano, ocurrido en torno a 1900, estriba en el «oro negro» de las minas y el «oro blanco» de las remesas conseguidas por los emigrantes hacia América. Tras la Guerra Civil, el Principado se vio inmerso en la industrialización impulsada por el Nuevo Estado hasta el punto de convertirse en una especie de «INlandia». R. Domínguez (U. de Cantabria) nos habla de una Cantabria que, como otras regiones del norte, ha conseguido la convivencia de una importante cabaña ganadera con concentraciones industriales notables en los sectores del metal y la química. E. Fernández de Pinedo (U. del País Vasco) revisa la evolución de la industria vasca en el siglo XIX a partir de los informes consulares británicos y, luego, analiza la trayectoria seguida durante el siglo XX hasta que en las últimas décadas «la depresión económica y el fin de un mercado nacional reservado dio lugar a una profunda crisis y a una reconversión» (p. 118). Por último, A. Arizcun (U. Pública de Navarra) insiste en la tardía industrialización de Navarra –sólo en 1955 el VAB industrial superó al

VAB agrario—, donde la agroindustria se vio súbitamente complementada con una industria automovilística que explicaba en 1985 hasta el 40 por 100 del comercio exterior de la región.

En un segundo bloque, las comunidades del Centro, La Rioja, Castilla y León, Madrid y Castilla-La Mancha, son tratadas por sus especialistas. J.R. Moreno (U. de Zaragoza), tras advertir de lo poco que se sabe todavía, nos ofrece una imagen de La Rioja como región que ha sabido aprovechar, diversificando y con flexibilidad, su posición geográfica estratégica. No sólo habría que pensar en los hábiles empresarios del vino, sino también en los procedentes de la Sierra de Cameros que tan excelente comportamiento tuvieron en otros lugares como Málaga o Asturias. Menos optimista se muestra Javier Moreno Lázaro (U. de Valladolid) cuando constata los sucesivos intentos fracasados de industrialización en Castilla y León. Con todo, Moreno se opone a «explicaciones atrabiliarias» que creen encontrar en la cultura castellana algo incompatible con el progreso económico. La vulnerabilidad de su agricultura y una inadecuada política estatal constituirían, en su opinión, factores de mucha mayor relevancia. A la capital dedican sus esfuerzos J.L. García Delgado (U. Complutense) y M. Carrera Troyano (U. de Salamanca), empezando por oponerse a la tesis de D. Ringrose donde Madrid aparece como causa notable de la decadencia castellana. En opinión de nuestros autores, esto no es admisible siquiera por el escaso peso demográfico de la capital. Lo cierto es que el despegue económico de Madrid se retrasa hasta el siglo XX, cuando se convierte paulatinamente en una gran ciudad industrial y de servicios, aprovechando la capitalidad como «agente estructurante». Cerrando el bloque, R. Dobado (U. Complutense) y S. López (U. de Salamanca) hablan de Castilla-La Mancha en términos sombríos desde el mismo título («Del vasto territorio y la escasez de hombres»). Los datos de atraso que ofrecen Dobado y López son incuestionables y su explicación última la cifran en condicionantes naturales, donde sólo se salva la cercanía a Madrid.

Al Sur de España corresponden Extremadura y Andalucía. E. Llopis (U. Complutense) y S. Zapata Blanco (U. de Extremadura) nos introducen en la historia extremeña, donde no sólo hay un «desierto manufacturero» casi crónico, sino también unas pautas de desarrollo agrario más «sudistas» —entiéndase atrasadas— que las de Andalucía. La situación presente es juzgada con dureza como sometida al «narcótico social» de las subvenciones y la «solidaridad finita» de la Unión Europea. Por su parte, A.M. Bernal (U. de Sevilla) y A. Parejo (U. de Málaga) también se muestran pesimistas acerca de la trayectoria seguida por Andalucía. Bernal y Parejo insisten en que, según sus estimaciones, a mediados del siglo XIX el atraso industrial ya era bien perceptible y, luego, durante el siglo XX, no ha sido posible la convergencia con las regiones más desarrolladas.

Desplazándonos hacia el Este, encontramos Aragón, Cataluña, Valencia y Murcia. De Aragón se ocupa L. Germán (U. de Zaragoza), quien explica el éxito de la región en su capacidad para exportar: primero, productos agrarios hacia Cataluña —que también ha servido como válvula para el ajuste demográfico a través de la emigración— y, luego, productos relacionados con la industria automovilística —pensemos en la gran fábrica Opel próxima a Zaragoza— hacia el mercado internacional. Sobre Cataluña, J. Maluquer de Motes Bernet (U. Autónoma de Barcelona) ofrece un excelente análisis de cómo, a largo

plazo, los puntos fuertes (conciencia colectiva, tradición comercial e industrial, tendencia a la diversificación, capacidad para atraer inversión extranjera, dinamismo exportador) se han impuesto sobre los débiles (escasez de recursos naturales, deficiencias en la intervención pública, pequeño tamaño de la empresa y retraso tecnológico). Acerca de Valencia, J. Palafox (U. de Valencia) concluye que hacia 1800 era palpable el atraso y hacia 1900 se había avanzado pero no había todavía industrialización. Luego, a partir de los años de la Primera Guerra Mundial, se iría estableciendo una estructura industrial que poco tendría que ver con el auge de la exportación de cítricos, destacando la voluminosa inversión de Ford en el decenio de 1970. Finaliza este bloque con el trabajo de J.M. Martínez Carrión (U. de Murcia) que aporta múltiples detalles sobre la convivencia en la región murciana de una agricultura que supo evolucionar hacia la agroindustria y el aprovechamiento de la riqueza minera desde el decenio de 1840. Entre 1936 y 1956 se produciría una fractura en este modelo de crecimiento –por culpa en buena medida de la autarquía franquista–, que, luego, derivaría hacia múltiples intervenciones industrialistas del Estado en las zonas más próximas a las cuencas mineras. La crisis ulterior de esta gran industria ha dejado el futuro de Murcia en manos de la tradicional agroindustria y del turismo, dos actividades muy consumidoras de agua, un recurso permanentemente escaso en la región.

Se cierra el libro con dos trabajos sobre las islas, una reflexión de E. Llopis sobre el legado regional del Antiguo Régimen, otra de J. Maluquer de Motes Bernet sobre las Comunidades Autónomas frente a la Unión Europea y los apéndices estadísticos (33 cuadros con perspectiva comparada, cubriendo los siglos XIX y XX) que ha conseguido reunir S. Zapata Blanco. En el caso balear, C. Manera (U. de les Illes Balears) prueba que la prosperidad económica no era desconocida antes de la llegada masiva del turismo («la industria de los forasteros») y tenía un componente industrial. Diferente es el caso canario, bien abordado por A.M. Macías Hernández (U. de La Laguna), donde no ha sido posible la industrialización más allá de alguna intervención exógena como la refinería de Santa Cruz de Tenerife. Canarias ha encaminado sus pasos hacia el aprovechamiento de su posición estratégica en el tráfico marítimo y hacia la exportación de productos con las cualidades especiales que dan el clima y la tierra canarios. Macías insiste mucho en la importancia que secularmente ha tenido la relación con Inglaterra. Del trabajo de Llopis sobre el Antiguo Régimen se concluye que hay que tener precaución a la hora de sacar conclusiones pero que, en su opinión, la divergencia de las trayectorias económicas regionales pudo empezar en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVII. A finales del Antiguo Régimen, esas divergencias ya eran notables. Sobre el impacto de la entrada de España en la Unión Europea, Maluquer de Motes nos dice que prácticamente todas las regiones han mejorado su situación, pero que unas han aprovechado más las oportunidades que otras, de modo que el cuadrante nororiental del territorio (incluyendo a Madrid) parecería hoy la zona de mayor dinamismo.

En resumen, *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX* cumple todos los requisitos para convertirse en un texto clásico en el despegue de la historia regional en España y en un instrumento útil para la docencia (algo que he podido comprobar personalmente). Quizás hubiera sido conveniente un mayor protagonismo de elementos tomados de la teoría económica regional o bibliografías más amplias en algún caso. Pero el principal

riesgo del enfoque regional, que es el no dimensionar adecuadamente los datos, queda conjurado porque muchos autores presentan cuadros comparativos bien elaborados y, además, están los citados apéndices de Zapata, que son espléndidos. También hay autores que avanzan ideas sobre las relaciones entre las distintas regiones, pero todavía estamos muy lejos de poder ofrecer una reconstrucción del sistema económico español y de su evolución en el tiempo.

JOSÉ LUIS GARCÍA RUIZ